

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias
y Educación, Misceláneas y Documentos

TOMO XVI



Editor: J. GARCIA MONGE
SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.
1928

San José, Costa Rica 1928 Sábado 7 de Enero

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO:

Con alas de cucaracha.....	Joaquín Quijano Mantilla	«Constanza».....	Enrique Fernández Ledesma
La lección de Lindbergh.....	G. Garañón	La muerte providencial de Sor Josefina.....	Alberto Masferrer
A Lindbergh.....	Fernández Moreno	Tablero (1928).....	
Al margen del Programa de la Sexta Conferencia Panamericana.....	J. Rivera Reyes	La verdad sobre el Perú.....	José Santos Chocano
Gozo de sílabas felices.....	Miguel Ángel Asturias	Educación cinematográfica.....	Luis López de Mesa
En torno a Chopin.....	Rafael Alberto Arriat	La fe pública.....	B. Sanín Cano
		Un Mensaje a Lindbergh.....	J. Antonio Prada

LINDBERGH ha desmentido con su acción denodada a quienes piensan que el ideal fue sepultado por la ambición de lucro.

Don Quijote no ha muerto, ni podrá morir jamás.

El vive, y vivirá en el mundo mientras haya obras y empresas imposibles.

San Román, Nungesser y Coli fueron los primeros en ofrendar su vida, pero no contaron con la fortuna.

Eso no importa. Las aguas del océano jamás podrán lavar de nuestro recuerdo el bello ejemplo de su ímpetu heroico. Hacia la gloria no se marcha con el ánimo de vivir, ni mucho menos con la intención de acabar lenta y sosegadamente la existencia.

Son muy raros los héroes que sobreviven a sus triunfos.

No los podría soportar la humanidad, que sólo sabe glorificar a los muertos.

Es necesario que los héroes sucumban, o que se anulen después en empresas mezquinas para que no sobrevivan a sus triunfos obligando a la admiración y al respeto de sus semejantes.

Las lágrimas que arrancan los hechos gloriosos, las sonrisas que florecen en torno de los héroes, y los gritos de júbilo de las multitudes, se tornan luego en elementos acusadores, bajo el análisis burdo, que ahoga los nobles gestos y sujeta a la dura realidad a todo lo grandioso.

Hasta el vulgar pugilato, que un día enloqueció a medio mundo, hizo víctimas a sus ídolos.

Carpentier y Dempsey son hoy pobres execraciones del éxito, prendidas a un pasado de locura, que apagó por un

Con alas de cucaracha

—De *El Espectador*. Bogotá.—



instante en el universo todo deseo de emprender nobles empresas, distintas al rudo expediente de los golpes.

En estos momentos hay una gran ansiedad por saber de Nungesser y de su heroico amigo Coli; se buscan sus huellas en los playones de las costas inexploradas, y se piensa en un posible encuentro de sus despojos mortales, para llevarlos a bordo de un trasatlántico en medio de todos los honores, pero cuando se realice este deseo, la generalidad de las gentes respirarán de gozo, porque ya no quedarán sobre la tierra sus figuras vivientes demandando el tributo obligado de su admiración y su respeto. El hombre se sujeta a todas las servidumbres, pero no acepta jamás el tributo constante de la gloria.

A Lindbergh se le están rindiendo todos los honores, y nada en la existencia tiene en estos momentos para él dificultad alguna; pero un tiempo después, si su ánimo y su ambición no se serenar, lo echarán de seguro en brazos del desprestigio y de la indiferencia, si no logran que sucumba en otra acción imposible.

Ya un millonario inglés le ofreció medio millón de libras

por una vuelta en aeroplano alrededor del mundo, y una señora de noble alcurnia le obsequió ciento cincuenta mil francos que Lindbergh se apresuró a donar al aeroclub de París, para los aviadores inutilizados.

Más tarde vendrán las intenciones para filmar una película, y luego las conferencias contratadas que vulgarizarán su hazaña.

Pero por sobre todo este proceso doliente a que se ve obligado el heroísmo, quedará en pie la acción inimitable, que volverá a entronizar en la vida el reinado de Don Quijote y el dominio de Clavileño.

A España, y a la raza española, les toca ver en estos momentos, con ojos desconsolados, esa resurrección.

Al dejar que le dieran muerte a Don Quijote, «para que se pusiera en aborrecimiento, como dijo Cervantes en el final del libro tristemente inmortal, las disparatadas historias de los libros de caballería», convino sin saberlo en su vencimiento, y le dió carta de naturaleza al sentido común, que debía suplantarse en su vida futura lo que le había sido dado por mandato divino: el derecho a

las empresas temerarias y gloriosas.

¿Qué tristeza tan grande se siente al leer la carta de Cervantes al conde de Lemos, enviándole para su gozo y solaz la segunda parte del ingenioso hidalgo!

«Además que sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y por emperador emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande conde de Lemos, que sin tantos titulillos de colegios, ni rectorías, me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto a desear».

Y esas mercedes y sustento obligaron a Cervantes a meter a Don Quijote en las alcobas de los nobles y a sustentarlo a sus expensas, para servir de pasatiempo y de ludibrio. Su muerte principió desde que estuvo al amparo de los duques. Ya no había voluntad para emprender hechos gloriosos, ni había gloria en el ventimiento, ni heroísmo en las acciones.

La raza española, y con ella todos los que fuimos conquistados por ese gran pueblo, quedó sin derecho a emprender nuevas empresas legendarias.

Ante el miedo de la palabra quijsotismo, nadie se atreve entre nosotros a acometer nuevas empresas que sólo tengan por galardón un poco de gloria.

Las gentes rien de los héroes y los ridiculizan despiadadamente.

De ahí que Don Quijote haya buscado otros horizontes y se encuentre hoy como ciudadano de pueblos a los cuales habíamos mirado con desprecio, imaginándonos que eran incapaces de sentir la locura del ideal.

La hazaña de Lindbergh les dió a los Estados Unidos lo que jamás pensamos que po-

drían adquirir aun cuando se hicieran dueños de todo el oro del mundo y de toda su fuerza y poderío.

Y conquistaron la gloria en Clavileño, que no otra cosa es el desvencijado aparato en que Lindbergh cruzó el océano para ir a empuñar el cetro de la quimera.

Quizá mañana un aeroplano perfeccionado haga la travesía periódicamente entre Europa y América, pero siempre nuestra admiración será para quien con alas de cucaracha, como se dice entre nosotros cuando se habla de empresas doloridas e insignificantes, acometió la obra y la llevó a feliz término, sin más ayuda que las fuerzas que supo sacar de su flaqueza, y sin otra ambición que la de ser el único mortal capaz de realizar lo que tantas gentes consideraron imposible.

Miguel de Cervantes le hizo a su raza un daño irreparable con la segunda parte de su libro.

La admiración que nosotros tenemos por él no nos dejó ver que si había hundido en el ridículo la andante caballería, también había sepultado de por vida los nobles y generosos impulsos de su raza, a trueque de vivir su pobre vida de miserias, bajo el doloroso beneficio de un noble que le sostenía con sus larguezas.

Quizá en Cervantes hubo también la intención de castigar implacablemente a quienes no se dolieron de sus desgracias, a quienes no le reconocieron sus grandes y desinteresados servicios, y lo que es más, a los infames verdugos de su honra, que lo encerraron en las mazmorras de un pueblo infeliz, por no haber rendido sus cuentas.

Pero la venganza fue mil veces peor que las ofensas. Despojó a la raza de la locura sublime de Don Quijote, y la sujetó a perpetuidad a trillar los senderos parejos e insensibles del buen sentido.

Y en esta hora de la resurrección del hidalgo valeroso, en que el mundo se olvida de todo para rendirle tributo a su denuedo en la persona de Lindbergh, nosotros no tenemos más recurso que formar en el coro de los admiradores, y esquivar todas las ocasiones de darles frente a las empresas descabelladas y sublimes.

Así, asistimos implacables al hundimiento de los pueblos libres bajo el rudo tacón del imperialismo americano; así, vemos que en Nicaragua los heroicos luchadores de Sacasa entregan sin protesta las armas que esgrimieron con tanto coraje contra sus propios hermanos, y no se atreven a romper con sus machetes los cordones de marinos extranjeros puestos al frente de los contendores para marcar la zona neutral, y también vemos eclipsarse por todas partes la estrella de nuestra libertad, sin

tener más argumento para combatir que la simple y vergonzosa protesta de una amistad que no sentimos y el deseo de que no se nos vaya a considerar capaces de una actitud decidida.

Por fortuna para los que no queremos el dominio de Sancho Panza en el universo, Don Quijote no ha muerto sino para la raza española, que lo dejó matar de Cervantes Saavedra, a trueque de una infeliz complacencia y por un mendrugo miserable.

La gloria del ingenioso hidalgo está hoy más alta que nunca, y sus empresas las realiza en el seno del pueblo más rico de la tierra, con elementos que hacen mover a compasión, como nos moviera en un tiempo rocinante, y con alas de cucaracha, como decimos cuando se hace algo entre nosotros a base de fe y de entusiasmo.

Joaquín Quijano Mantilla

CUANDO un suceso tiene un valor histórico, tiene también una realidad histórica, que muchas veces no coincide con la auténtica realidad. A esta auténtica realidad la llamamos *verdad*, y a la otra, *leyenda*. Se ha dicho, con razón, que, en definitiva, la Historia se forja de leyendas, tan legítimamente como de realidades. Como que la leyenda tiene también su verdad, aun cuando se funde en hechos completamente falsos.

El conocer el valor absoluto de las cosas está por encima de la mente humana, y por ello lo más distante de Dios que hay en el mundo es, siempre, un juez, por recto que se crea. Los hombres tenemos que juzgar de las cosas por nuevas circunstancias, que varían con los tiempos y con las sociedades, hasta el infinito. Y en los sucesos históricos el juicio se funda, primordialmente, en su eficacia, y esta eficacia no depende con frecuencia de su valor estricto, sino de su valor legendario.

La guerra de la Independencia española — ejemplo típico, porque representa una de las más profundas conmociones sentimentales de las colectividades modernas— se apoyó, por lo menos en el sentimiento popular, sobre dos hechos falsos: la inocencia y la virtud de Fernando VII, y la maldad y los vicios de Pepe Botellas. El primer

La lección de Lindbergh

=De A. B. C. Madrid=

error se encargó el propio interesado de deshacerlo. Pero aun así, nunca logró el Rey Deseado reinar con mayor eficacia real sobre sus súbditos que en aquellos años de la guerra, en que su persona no era una realidad, sino una pura leyenda. La verdad legendaria, en ésta como en tantas ocasiones, fué el motor de la Historia, y, por lo tanto, una realidad, que ya no puede modificarse. Por eso, cuando los eruditos deshacen la leyenda forjada en torno de un personaje o de un suceso, la rectificación no suele trascender más que a la familia del interesado, si está todavía lo suficientemente cerca de él para que el interés genealógico se sobreponga a la verdad histórica.

Pensábamos en todo esto con motivo de la hazaña del aviador americano, que ha salvado el mar intercontinental en un único salto prodigioso. El suceso, verdaderamente histórico, nació con su leyenda: la de que Lindbergh era un loco que, despreciando los cálculos científicos, se había arriesgado en una aventura temeraria, de muchacho sin seso. Luego han venido minuciosas referencias, referencias oficiales, que ponen las cosas en su lugar. Resulta

que no había tal intrepidez de orate; sino que se trataba de un mecánico magnífico, de pericia y serenidad, controlados mil veces, que contaba con más horas de vuelo que el piloto más ducho, y que preparó su viaje, regateando al azar hasta el último detalle, todo lo que había que fiar al azar en la aventura, es la verdad. Y, sin embargo, la magnitud del éxito, la trascendencia histórica y pedagógica del vuelo de Lindbergh no depende tanto de ella como de la leyenda; indestructible, porque es también verdadera.

Es inútil que se insista en que este Alcibiades moderno es un caso de previsión, audaz, pero equilibrada y calculadora. La gran pedagogía de su hazaña está en el hecho de que se engendró, sin duda, con todas las seguridades, pero al margen de las esferas oficiales. Ahora resulta que era el primer piloto de Norteamérica; pero no estaba catalogado todavía entre los *ases* consagrados por la fama y por el marchamo oficial. Ahora le reciben los embajadores y el presidente de la República le aloja en su casa; pero antes de lanzarse al mar, que acababa de tragarse a sus predecesores,

sólo creían en él un grupo de amigos y su madre. La madre, que le legó, con la vida, el fuerte instinto del triunfo.

Esto es lo importante. Se habla mucho en estos tiempos de la decadencia de las civilizaciones; y es cierto que decaen como decaen los hombres, en virtud de un deber biológico, que no se puede eludir. El deber de la civilización es reunir la energía dispersa de los pueblos en una organización, en una estructura permanente, que llamamos vida oficial. Y ese estado oficial, de apariencia madura, lograda, perfecta, es inevitablemente, el principio del morir de todos los impulsos creadores de la Humanidad. Cuando una civilización se hace perfecta, cuando cobija bajo su sombra oficial hasta la menor de las actividades ciudadanas, es cuando su corazón empieza a morir, porque le falta la savia de la genialidad, que ha sido siempre un elemento extraoficial y, en cierto modo, incivilizado.

Los grandes saltos de la Humanidad se han engendrado siempre como este de Lindbergh: en horas de rebeldía. Cuando el éxito llega, el rebelde pasa a ser un sabio oficial, un artista laureado, un hombre de orden. Si se fracasa, se sigue siendo un insensato, como Lindbergh hubiera seguido

siendo «el loco del aire» de haber caído en el mar. Es justo e inevitable que así sea. Pero la eficacia del triunfador estará ya, para siempre, desprovista del aliento general.

Lindbergh es ahora una gloria legítima, oficial, de su país y del mundo. Hará, hasta que muera de viejo, muchas cosas útiles y representativas. Tal vez, con las manos de la Fortuna, abiertas de par en par para él, su ingenio técnico

encuentre la ocasión de impulsar el progreso de la locomoción aérea hasta límites insospechados. Pero no repetirá nunca, porque está ya prendido en la jerarquía oficial, la hazaña, a la vez meditada y absurda. Será el más ilustre de los aviadores; pero lo que se llama volar, con las alas sobrehumanas del instinto, como vuelan las aves, así, no volverá a volar.

G. Marañón

A Lindbergh

Asómbrase el mundo entero,
lo oigo decir por ahí,
de que hazaña tan famosa,
desde el principio hasta el fin,
un hombre solo la hiciera
y en edad tan juvenil.
Solos están en la Historia
Aquiles, Roldán y el Cid...
Que haya un Lindbergh en el mundo
bien se puede concebir,
pero que existieran dos
fuera ya mucho pedir.
Y en cuanto a los pocos años,
y en cuanto al talle gentil,
siempre fueron atributos,
aureolas de paladín.

Seis mil kilómetros hay
de Nueva York a París,
de soledad, de tormentas,
de volar y de sufrir.
Era necesario un pecho
de rugoso hierro gris,
y un aliento de diamante,
y unos ojos de neblí,
y una malicia de viejo,
y una inocencia infantil,
con un poco de demonio
y un mucho de serafín,
para montar una pluma,
espolearla y partir.
Y tú lo tenías todo
y hasta el milagro, otrosí.

Sobre la gloriosa tumba
de Nungesser y Coli,
sobre las olas del mar,
bajo el cielo de zafir,
sólo había un caminito
que buscar y que seguir.

Y ese camino imposible
abriólo Dios para ti.

FERNÁNDEZ MORENO

(*Caras y Caretas*, Buenos Aires).

Al margen del Programa de la Sexta Conferencia Panamericana

Saint-Nazaire, 20 de Agosto, 1927.

*Señor don J. García Monge,
San José, Costa Rica.*

Muy distinguido señor:

Sabedor de que el Repertorio Americano es una de las tribunas más autorizadas de la América Latina, me permito adjuntarle un artículo para que si Ud. lo juzga de interés se digna darle cabida en su importante revista. El tema es de actualidad. Aunque he enviado el mismo artículo a la revista Claridad de Buenos Aires, que ha solicitado mi colaboración, creo convenientísimo que estas ideas se comenten simultáneamente en los países latinos de centro y norte América, donde circula tan profusamente su periódico.

Ruégale remitirme unos ejemplares de su revista en que se publique este artículo.

Con sentimientos de consideración distinguida me es grato suscribirme. De Ud. affmo. servidor.

J. RIVERA REYES

UNANIMEMENTE aprobado por el Consejo Directivo de la Unión Panamericana en abril de este año y firmado por Mr. Kellogg—Secretario de Estado de Estados Unidos y Presidente de dicho Consejo—ha comenzado a circular el programa de la Conferencia internacional que se reunirá en La Habana, Cuba, el 16 de enero próximo.

A juzgar por el nuevo plan de reorganización de la Unión Panamericana, la América debe felicitarse porque es evidente que ya se está pensando en dar a dicha entidad el carácter de una Liga de Naciones. Si es cierto que los proyectos de Convención que serán discutidos no llenan todavía, a nuestro juicio, esa altísima misión, hay que reconocer que ya se avanza rápidamente hacia el ideal formulado por el Continente.

Entre los puntos de mayor relieve que abarca el programa en referencia, hay algunos que exigen un comentario especial; a esa exigencia obedece este escrito.

En trabajo aparte hago el análisis del nuevo plan de reorganización de la Unión, cuestión de importancia excepcional.

El aparte II del programa abarca la consideración de los resultados de la reciente Comisión de Juristas de Río de Janeiro, reunida para continuar los trabajos iniciados en 1912 y paralizados por causa de la gran guerra, encargada de la Codificación del Derecho Internacional y a la cual se confió

el estudio de los métodos para el arreglo pacífico de las disputas internacionales (Tribunal de Justicia Internacional Panamericano).

Aún no son bien conocidos los resultados de la citada Comisión que rendirá el informe de sus labores ante la próxima Conferencia de las Repúblicas de América, pero es de suponer que con respecto al primer asunto, desechado el parecer tradicionalista de Jiménez de Arechaga, se ha procedido a codificar el Derecho Internacional hasta donde esto ha sido posible, debiéndose continuar gradual y progresivamente por medio de Convenciones entre Estados; y que se ha buscado la solución por medio de fórmulas conciliatorias, de los conflictos de doctrinas sobre puntos importantes de Derecho Internacional Privado, tales como los principios de domicilio y la nacionalidad para la determinación de la capacidad y el estado de las personas; es decir que se trata de una labor de adopción de reglas uniformes "para la determinación de la competencia legislativa y judicial de los Estados". Han servido de bases para estos trabajos los dos Códigos de Derecho Internacional Público y Privado elaborados por los eminentes jurisconsultos brasileros Lafayette Pereira y Epitacio Pessoa y los recientes proyectos del notable internacionalista chileno Alejandro Alvarez.

Una Comisión de estudios de Derecho Civil comparado de todos los Estados americanos (incluyendo todas las ramas del Derecho Civil y hasta el Penal), creada por la Quinta Conferencia Panamericana, debía contribuir a la formación del Derecho Internacional Privado.

La labor de esta otra Comisión sería utilizada por el Congreso Internacional de Jurisconsultos de Río de Janeiro, el cual debe presentar en La Habana los proyectos de legislación uniforme sobre once asuntos jurídicos que figuran en el programa que comento. Temo que tarea tan improba no haya podido ser llevada del todo a cabo por una conferencia de tan relativamente corta duración, como la de Río Janeiro.

Sólo después de celebrada la Sexta Conferencia Internacional podremos saber los resultados efectivos de tan trascendentales labores (1).

Figura al final de esta sección del programa, sin ahondarse ni analizarse, el asunto de la policía de las fronteras, de suma importancia como puede calcularse.

Sobre el Derecho Internacional Público hay un asunto vital que precisa dilucidar antes que nada y que debe ser discutido y aprobado para que pueda servir de base a las relaciones de los Estados americanos. Me refiero a la Doctrina Monroe.

Es evidente que hay interpretaciones bien distintas y hasta antagónicas de la Doctrina Monroe y que esa diversidad de criterios la ha transformado en un instrumento de discordia y desacuerdo, en vez de llenar los fines perseguidos con su proclamación. Oigamos, por ejemplo, la opinión de Mr. William McSwain, Profesor de la Universidad de Washington: «La Doctrina Monroe es una doctrina de paz y de seguridad para ambas Américas. EE. UU. no ha hecho sino velar y defender las pequeñas repúblicas del Sur; se recordará el caso de Venezuela cuando su conflicto con Inglaterra, en que la Doctrina de Monroe sirvió para defender a esa pequeña república de una agresión armada». Mr. William Williamson, de la misma Universidad, se expresa así: «La Doctrina Monroe es necesaria para EE. UU. y ésta es una razón suprema. Esa misma razón determinó a EE. UU. a tomar a Panamá y les impone desarrollar una política que puede ser incómoda a los latino-americanos pero necesaria a nosotros. La Doctrina Monroe, más que norteamericana, es una Doctrina de pueblos de habla inglesa. Justifico todas

las acusaciones contra la política agresiva del imperialismo, en la necesidad que los EE. UU. tienen de asegurarse y desenvolverse». Comparemos esta opinión con la que el profesor Mr. John Trimble, norteamericano, expuso ante el profesorado de la Universidad de Oxford, Inglaterra: «La Doctrina Monroe es una Doctrina de política de agresión y anacrónica, nacida en Wall Street en alianza con el Partido Republicano. Si el Canadá y los EE. UU. no necesitan de la Doctrina Monroe, por qué van a necesitarla los EE. UU. y Argentina? Yo comprendo y justifico el clamor de libertad de los pueblos latino-americanos contra la política de agresión de EE. UU.» En cambio Mr. E. M. F. Durbin, profesor inglés de Oxford, piensa así: «La Doctrina Monroe, generosa en su principio, ha sido tergiversada convirtiéndose en un instrumento de opresión. Las ocupaciones militares por parte de Estados Unidos y los casos de Panamá, Haití, Santo Domingo, y Nicaragua, no podrán justificarse jamás. La Enmienda Platt de la Constitución de Cuba hace ilusoria la soberanía de este país. Existe una constante conspiración del imperialismo norteamericano contra la estabilidad de la nación mexicana. Yo espero que el gran movimiento latino-americano por la libertad de sus países amenazados en nombre de la Doctrina Monroe, llegará a la victoria».

Urge, pues, que asunto tan delicado sea resuelto en un Congreso Panamericano; y que la interpretación que se adopte, si esto es posible, sea aceptada por toda la América. De lo contrario debe eliminársela del Derecho Internacional Americano, ya que no es posible aceptarla como un principio de tutelaje. De poco valen los esfuerzos que se están llevando a cabo en pro de la fraternidad americana si no se explica claramente cuál es el alcance de esa Doctrina, para lo que bastará basarse en su origen simpático y elevado.

Con respecto al Tribunal de Justicia Internacional, gigantesco paso hacia la concordia continental que será dado definitivamente en la Sexta Conferencia panamericana, quiero permitirme algunas observaciones.

Aunque no conozco el pro-

yecto de Pacto que se estudiará en La Habana sobre el establecimiento de dicho Tribunal, entiendo que se trata de una corte internacional destinada a fallar los litigios de carácter jurídico que ante ella se presenten; pero no será un instrumento de investigación de los conflictos entre los Estados, con facultad para imponer sanciones a los países culpables. Abona este criterio el hecho de que en la Convención de reorganización de la Unión Panamericana no se menciona absolutamente nada sobre este particular. Ojalá yo estuviera errado en esta apreciación. Hay que convenir en que en América son más graves los problemas políticos que los esencialmente jurídicos, con todo y ser muy graves algunos de estos últimos.

En una carta mía, escrita en abril de este año, me expresaba así: «En mi concepto no basta el Tribunal regulador de Justicia Internacional de América, a que alude el Profesor Brown Scott en forma muy análoga a lo expresado por mí en tesis presentada ante el Congreso Panamericano de Panamá, que se celebró en junio último, sino que, para la seguridad de las pequeñas naciones latino-americanas y su independencia política y económica y para que reine la armonía entre todos los pueblos de nuestro Continente, precisan también otras organizaciones, como la Liga de las Naciones Americanas (que reemplace la actual Unión Panamericana que carece de fines jurídicos y políticos), un Comité de Conciliación y, sobre todo, que el Código de Derecho Internacional Americano sea adoptado por medio de un Pacto de Seguridad que garantice la felicidad continental.

«Un Tribunal único, en que puedan ejercer influencias poderosas las naciones fuertes en detrimento de las débiles y de la causa de la justicia, no llegará a sembrar y cultivar la confianza y la tranquilidad de que tanto han menester los países latino-americanos para su dicha y desenvolvimiento».

Muy digno de aplauso sería que criterio semejante imperara en la Conferencia internacional próxima a reunirse. Los pueblos centro y sur americanos, débiles y desunidos a pesar de sus glorias comunes y sus afinidades espirituales y étnicas, podrían así estrechar sus

relaciones y mirar a su poderoso vecino con la tranquilidad, admiración y simpatía que se merece todo el que somete sus actos al crisol del desinterés material, de la justicia y de la magnanimidad. ¡Qué hermoso espectáculo ofrecería la América unida y el dominio de la concordia y la fraternidad entre todos los americanos! Utopías? Ilusiones infantiles? Terrible sería el porvenir de la humanidad si juzgamos que los actos de los pueblos no pueden someterse jamás a los dictados de la rectitud...

De los otros puntos del programa, de carácter netamente cultural y económico, merecen citarse:

a) Los problemas de comunicación, que comprenden aviación, tráfico automovilístico, intercomunicaciones fluviales, tráfico ferroviario, líneas de vapores, caminos y comunicaciones eléctricas;

b) Las actividades intelectuales, en que se ha olvidado completamente la Universidad Bolivariana de Panamá, fundada conforme a resolución del Congreso Científico Panamericano reunido en Lima en 1925, y el Instituto Gorgas, dedicado al estudio de las enfermedades tropicales;

c) Problemas económicos, comerciales y sociales, de suma importancia todos.

Repetimos que no es posible, como se desprende de todo lo expresado aquí, pretender y aceptar que en esta época de reajuste queden fuera de la competencia de la Unión Panamericana o del Tribunal Internacional los problemas políticos cuya solución es vital para «las garantías mutuas de independencia política y de integridad territorial a los grandes y a los pequeños Estados por igual».

Yo sugeriría a los delegados que agreguen un punto más al programa que aquí se discute: el estudio de los tratados en proyecto o pendientes de aprobación, en que sea parte un Estado americano, y que la Conferencia dé parecer al respecto; luego que se analicen los contratos de empréstitos que hayan celebrado entre sí los países de América. Esto sería de importancia positiva, de eficacia absoluta y de alcance insospechable. Nunca se podría dar la última razón de la conveniencia de esta medida. Que esto es más difícil que el ma-

(1) Según relación hecha por un Delegado, el Congreso de Juristas fué meramente consultivo, ya que todo venía ordenado desde que se hicieron los programas de la Conferencia por la Unión Panamericana. Los trabajos cristalizaron en la aprobación de un Código de Derecho Internacional Privado, compuesto de 43 artículos y redactado por el ilustre internacionalista cubano Dr. Sánchez de Bustamante; en doce proyectos de convenciones sobre Derecho Internacional Público, entre los cuales debe contarse la del Tribunal y Arbitraje; y en un proyecto de Resolución de permanencia de los trabajos realizados.

Lincomas de Venus y Voltano.
La constancia todo la Venus
la fuerza té puede transportar
mantelada.

Que los delegados a la próxima junta antitribales panamERICANA, espere anteponer a la mamana de la discreción de los intereses, el espíritu de la ley moral, espíritu que, como la moneta, no debe respetar personas, ya que la moral es una y absoluta. Así abriremos un nuevo tomo de la Historia Americana, en cuyas blancas páginas resplandecerá con caracteres áureos la nobleza de los triunfos de los esfuerzos armados del Continente por la conquista de su bienestar a base de justicia y de confraternidad.

Para alcanzar este ideal pre-

ciso que exista un entendimiento entre las dos corrientes que se advierten en los congresos internacionales panamERICANOS la de Estados Unidos y la de la América Latina, y una oferta la conveniencia. Qué es el objeto de tales actos de unión efectiva? La respuesta es bien conocida para todos. Si a veces hay quienes de un campo se pasan al otro para robustecer sus opiniones y hacerlas triunfar, todos sabemos igualmente que es necesario que se mantenga siempre la buena fe y la nobleza y digna.

Si es verdad que en la mente

de algunos panamERICANOS se encuentran los sentimientos más nobles y los más altos que los Estados Unidos, hay que reconocer que en el momento de los congresos internacionales panamERICANOS y que así han constituido firmes doctrinas filosóficas y políticas que allí hay que ser obligados por el espíritu de la fuerza y del uso como medios de corrupción y de corrupción, ni es menor cierto que la opinión pública proclama y reclama el respeto a la libertad y a los derechos propios y la práctica del altruismo.

y que si estos sentimientos que elevan el éxito de su carrera política en la habilidad para persuadir, convencer y excitar, el patrimonio de estos pueblos, de entre los más nobles y más dignos de su conducta. Un pueblo de semejantes condiciones que nada en la abundancia y la riqueza y que no conoce las pasiones, merece que se le tenga en.

Trabajemos, pues, luchemos y demandemos sin pausa al parlamento. No olvidemos un instante que tenemos delante de nosotros el porvenir de América y de la justicia.

Para agosto 10 de 1935

J. Rivera Reyes

Gozo de sílabas felices

Con los tejados negros de la aldea
recuerdo tu cabeza ensortijada:
perspectiva de amor que se ruera
en el olvido del objeto amado:

en el olvido de la casa amable,
de los vecinos, todos con familia,
que hablaban de nosotros con afable
hipocresía en horas de vigilia...

Don..., herrero, forjaba las cadenas
de palabras católicas y buenas
para atar nuestras manos amorosas:
los allaniles la casita rubia
construida para loserte allí mi esposa
y, comedida caridad de mules,
las doncellas tejían los manteles
y las recién casadas las estrellas.

Don..., amigo de los dos, recogía
las noticias de nuestros labios: «Digan,
¿se casarán este año?... ¿Todavía
no lo saben?...»
Detrás pasaban otros novios: eran
desde la infancia amigos, parecían
hermanos, se aburrían...

El perro ciego que ladraba a sombras,
las campanitas roncadas y el sollozo
del agua en las estrellas fueron gozo
de sílabas felices al oído
del amor que, imposible y grato, como
en aquel tiempo es hoy...

Recuerdo

con las manos en los ojos el día

MIGUEL ANGELO ASTORIAS

en que besé tu cara sin afeites,
tu cabeza que un bálsamo de aceites
hacía más amable, y tu casa
manchada en el paisaje
que destiló el llanto de los días.

Recuerdo que de niños
íbamos a sobarnos a los palos
de los vecinos a comer narajitas
y a botar las verdas. Instantos malos
nos despertaban las dormidas granjas.

Intrépida y temaz, fruta ninguna
resistió a tu capricho; yo sufría
la tortura del árbol y la tuna
erizada de espinas se vendía.

Y el amor fué recóndito, congoja
de antigua adolescencia, lo que antoja
un frutero, lo que antoja una estampa
de frutas en comedor de casa humilde,
fue lluvia de besitos que se escampa.

El maíz maduraba cuando lomas
después salía de la aldea. Siempre
recordaré la despedida. Fuiste
para decir adiós al que se iba
mazorca en el maizal, rudo de lágrimas
presentes por la ausencia prometida.

Con un trazo de alondras en el pelo
me alejé de tus brazos. Un deseo
me empujaba a la vida—irresistible
instanto de melizaje—; con veinte años
fué porque me querías que dejaste
que siguiera tu amor siendo imposible.

En torno a Chopin

=De La Prensa, Buenos Aires=

No menos de seis libros europeos en torno a la vida y la obra de Chopin, aparecidos en poco más de un año, revelan la *actualidad* inmarcesible del músico polaco, la simpatía intacta por su obra, la atracción que aún ejerce sobre el gran público melómano como sobre los iniciados de todas las capillas.

La universalidad del influjo chopiniano parece no conocer eclipses, ocasos, limitaciones. No hay autor más defendido contra la disparidad de temperamentos y la oscilación de los gustos. El clasicista exclama, con James Huneker, ante los *Estudios*: «¡Chopin es un clásico!». Y recuerda que Bach fué su autor, su consejero preferido, desde los días infantiles en que intimara con el «Clavicordio bien templado». ¿Qué decir de los espíritus románticos? Hoy, como ayer, lo consideran, dentro de la expresión confidencial y el eufemismo irónico de su lenguaje, «una queja encantadora», con sabor heiniano; un grito que florece en estrellas clarísimas; y comúnmente un viento huracanado que, como el desprendido de la Marcha fúnebre para arrollar el «presto» final de la *Sonata en si bemol menor*, barre las tumbas, azota los cipreses nocturnos y llega, enigmático, hasta los umbrales de la aurora... Los innovadores modernos —Debussy, en primer término, que dedica a su memoria su *Etudes*— saludan en el polaco a un afanoso descubridor de vetas preciosas, explorador de rutas casi vírgenes.

Por otra parte, todo un pueblo ha reconocido en la obra chopiniana su propia voz, y una gran ciudad extranjera la identifica al eco de una época. El músico voluntariamente desterrado, llevaba en su corazón los dolores de la patria. Si sus Polonesas son, según la definición de Schumann, «cañones ocultos entre flores», sus Mazurkas son las flores silvestres que, recogidas en la originaria Mazovia, pasea el patriota, en vasos de cristal purísimo, por los salones de Europa, sus Baladas difunden el sortilegio tradicional de las leyendas nacionales. Mas en cualquiera de sus composiciones cree aspirar un polaco el perfume de la tierra natal, de aquella tierra que en copa de plata ofrecie-



Federico Chopin

ran sus compatriotas al rapsoda nostálgico. Del mismo modo, París, que guarda sus cenizas, celebra en el amigo de Eugenio Delacroix a un hijo adoptivo. La presencia del concertista perdura en la sala Pleyel, como una sombra encantada, y su mundo mágico, tanto como su palidez y sus guantes está unido para siempre al recuerdo de la vida sentimental y galante de la gran ciudad, bajo el reinado de Luis Felipe.

A todo ello debe sumarse, todavía, el sufragio de las mujeres, que no merma en lo mínimo, pues Chopin seduce, hoy como ayer, a la sensibilidad femenina, y la creciente difusión de su obra por los pianistas, grandes y humildes, de todo el mundo. La circunstancia de haber escrito exclusivamente para el piano, le asegura la misma inmortalidad de su instrumento. Fuera del piano su música degenera, languidece, se deforma, como una planta arrancada de su clima.

Identificado a sus voces, dominador absoluto de sus secretos, Chopin, señor y siervo del piano, vivirá mientras haya pianistas.

Alguno de estos libros a que me refiero analiza aspectos técnicos de la composición; otros se ocupan de los amores del músico; uno el que ha obtenido mayor popularidad, *Chopin ou le poète*, de Guy de Pourtalés, es una biografía novelada.

¿Por qué las distintas biografías de Chopin, así como las diversas interpretaciones del espíritu de sus obras, independientemente del mérito que les atribuyamos, no satisfacen plenamente la avidez del lector? Nos explicamos la soledad dramática de un Beethoven, la vida espectacular de un Liszt, y su obra se nos aclara. Pero Chopin es un fantasma. Y su música un suspiro del alma de un fantasma. Sus amores, su patriotismo, su dolor de expatriado, su enfermedad, nos conducen hasta el pórtico de un

palacio iluminado, pero cerrado. Vemos las lámparas interiores, las sombras de los ángulos, en las galerías inmediatas. No sabemos qué ocultan las cámaras recónditas.

El libro de Guy de Pourtalés interesa en todas sus páginas, conmueve en muchas. El autor anima a su personaje, a la luz de los mejores documentos, desde de su infancia hasta su muerte. Pero creemos que en esta como en las otras biografías, hay algo inasible que escapa a todas las redes. Y ese algo corresponde a aquella alma elusiva que en la vida y en el arte se reservó una zona impenetrable a la mirada de los demás. Genio nocturno, sólo abrió las puertas de la intimidad a la confianza de los astros. Su obra nos muestra la imagen de las constelaciones en hondas cisternas y refleja la claridad celeste de los altos espacios. Pero no oímos la palabra del hombre en las alturas de la noche. Y aquel hombre pulcro, elegante y frágil, *dandy* en los bulevares, mago en los salones, se nos antoja entonces un transeunte misterioso del planeta. La muerte suele sellar así, desde la cuna, con signos de ausencia y lejanía, a ciertos seres que vivirán parcialmente aislados en una atmósfera supraterrrestre. Tendrán la comprensión de un más allá irrevealedo. ¿La delicadeza heroica del silencio incorporado, un no se qué de incomunicable que los aleja de nosotros, aun en su cordialidad de camaradas. ¿Qué vale pues conocer los hechos exteriores de esas vidas, su existencia civil, sus sentimientos sociales? Hay una zona, repito, que permanece oscura, y ese su misterio lo que estimula y decepciona nuestra curiosidad.

La música de Chopin parecemos, por eso, la envoltura de un sueño. ¡Cuán próxima, qué accesible, qué confidencial, y, sin embargo, cuán distante y engañadora! Está al alcance de nuestra mano la túnica maravillosa, transparente, modelada sobre los relieves de un cuerpo palpitante. La tomamos por uno de sus pliegues armoniosos, la desceñimos... ¡Es un puñado de seda en nuestra mano; se ha desvanecido el fantasma que la habitaba; ha vuelto a los rincones inexplorables de su noche!

Rafael Alberto Arrieta

Constanza

A CABO de recorrer las páginas de un libro primoroso, de una plaquette editada con el gusto fácil y aristócrata de la casa Caro Raggio, de Madrid, y empastada en damasco de seda.

A la verdad, este refinamiento de presentación es correlativo a los quilates espirituales de *Constanza*, obra en cuyas páginas ha puesto Guillermo Jiménez el luminoso numen de su ternura filial.

Constanza se lee en quince minutos y la emoción de la lectura nos ronda horas y horas... Así es de fina, de pura, de primaria la belleza de los breves pasajes de la obra. Sus cuadros, realizados con una sobriedad *mate*, dan una impresión de pulimento discreto, de sedante refugio, de tersura cordial. Porque lo más cautivador del minúsculo volumen es la concordancia entre su emoción y su estilo. Allí hay equilibrio. Y entre lo que se dijo y la forma en que se dijo, hay un nexo que regula los matices de la palabra y que pone a escala el *crescendo* de la emoción.

Esto no quiere decir que la escala de *Constanza* deje de tener la malicia del *metier*. Seguramente que para realizar los efectos de unidad, en la emoción y en la forma, ha sido menester acopiar experiencia en las letras y conocer muy de cerca la fisonomía de los gi-



El escritor mexicano GUILLERMO JIMÉNEZ

ros y los enigmas del lenguaje. Pero si la aparente simplicidad de *Constanza* es deliberada, no por ello es menos legítima su pareza de obra de arte. Al contrario, Guillermo Jiménez puede considerarse victorioso si ha logrado—como logra en esta ocasión—constreñir los recursos del literato y esfumarlos en un efecto. Tal disciplina, derivada de un proceso angustioso de almacenamiento, es cruel, pero sus maniobras llevan la certera sabiduría del timón.

En *Constanza* hay todo esto casi cristalizado. Hay más. Hay

el volumen subjetivo necesario para lamentar lo fugaz de las páginas. Se quiere seguir leyendo, y al doblar un capítulo, levantar los ojos y meditar con fruición en la ideal tersura de las notículas, para retardar el gozo diletante de tropezarnos con más escenas de encanto, con más brotes de dolor pudoroso, con más recatadas confidencias...

En el libro de Guillermo se estilizan los pasajes de amor y de inocencia de un niño triste y la gracia doliente de una madre enlutada. No hay hipos congestionados, ni hipóboles la-

Enrique Fernández Ledesma

México, D. F.

crimosas, ni vocablos excesivos. Hay una doble melancolía, recata, pura y casta como una vara de nardo.

Entre los continuos aciertos de simplicidad del escritor, brota éste: «Mamá es muy hacendosa. Cuando no teje estambre, marca las sábanas orladas de encaje y los manteles con su lindo nombre de reina: Constanza...» El tono menor que usa para encarecer su ternura y aun para impedir que sea detonante, recuerda un poco la desmayada elegancia de Valle-Inclán. Pero siempre hay por encima de todo, un leve matiz de criollismo que aletea con individual encanto.

Guillermo es, en *Constanza*, dueño de una aristocrática emoción. Lo que tiene de estallante en su trato personal; las frecuentes estridencias de sus juicios, las crudezas de sus entusiasmos y los detonantes impulsos que redoblan en su tambor juvenil, se esfuman en esta bella obra, para dar paso a la intelectual distinción del espíritu. Por eso, y no porque el autor es mi amigo, he loado las preciadas bellezas de este Libro de Horas.

Guillermo Jiménez se ha conquistado con las minúsculas páginas de *Constanza* la admiración de los hombres de letras y la conmovida simpatía de las mujeres de corazón.

Querido amigo:

Ofrecí a usted una *Crónica* de la muerte de Sor Josefina, la admirable Superiora de este Hospital, fallecida no ha mucho a causa de una centella.

Ofrecí y no cumplí, lo cual está en perfecto acuerdo con mis costumbres, cansancio, etc., etc. Ahora ya sería tarde para escribir bien esa crónica, y, la verdad, no me siento capaz de intentarlo. Sin embargo, como sería lástima no decir algo más de lo que se ha dicho en referencia con Sor Josefina, déjeme suplir la *Crónica* con una simple carta familiar y desaliñada, de la cual usted, en un buen día, extraerá los datos para un

La muerte providencial de Sor Josefina

San Vicente, 23 de octubre de 1927.

Señor doctor don Manuel Zúñiga Idiáquez.

San Salvador.

bello artículo necrológico, como usted los ha escrito ya, con verdadero arte y gracia singular.

A Sor Josefina, a quien me dan deseos de llamar *Sorella*, (hermanita), la ví yo una sola vez, durante unos pocos minutos. Pero en esos pocos minutos,—como de toda existencia

vivida, y de todo corazón rebozante—, emanaron de ella efluvios,—no sé llamarlos de otra manera,—suficientes para sentirme en presencia de una criatura que había realizado, al andar por este valle triste, la más bella obra de lograr que algunos cardos se conviertan en flores: *DARSE, y darse con plenitud*.

Por su apostura, su vivacidad y su gracia, Sor Josefina me hizo la impresión de ser una señora francesa, de fina cultura, de fáciles maneras, de ideas y sentimientos sencillos, organizados con netitud y firmeza, como los necesita quien diariamente ha de realizar una labor premiosa y difícil. La oí con deleite, y cuando me dejó solo con Sor Margarita,—su hija espiritual—, me quedé todavía oyéndola, y respondiéndole, con palabras inarticuladas, cosas que mejor serían para florarlas que no para escribirlas.

Desde entonces anduve rastreando noticias y matices que

me dieran cabal idea de su corazón y de su vida, que en ella fueron una misma cosa. La estoy viendo aún salir con su andar vivaz, con la nerviosa agilidad de quien, por necesidad añadida a su temperamento, tiene que ir cien veces al día, de aquí para allá, a solucionar atinada y perentoriamente las más apremiantes dificultades. Se le había hecho habitual ir de prisa a ejecutar ella misma sus propias órdenes, apenas notaba indecisión o retardo en los encargados de cumplirlas. «Porque, decía, tratándose de enfermos, de gentes que sufren, las cosas deben ser hechas inmediatamente, sin vacilaciones ni confusiones». Pero, añado yo, lo que importa saber es que esa nerviosidad de Sor Josefina, esa movilidad constante y fatigante, no se traducían en irritación, como sería de suponer, sino que ella conservaba, sirviéndose a sí misma y a todos, su sonrisa y su humildad, su alegría de *servidora*, que sabe y no olvida que *servir es la más alta religión*.

No sé yo como será administrar un hospital en San Salvador, en ese cargo de Superiora. Siempre ha de ser cosa durísima; pero aquí, en estos hospitales de provincia, sobrepasa a cuanto se puede imaginar. En tal cargo, nuestra Sor Josefina era, sencillamente, una madre con treinta o cuarenta hijos enfermos,—unos graves, otros moribundos, otros convalescientes—, a quienes hay que asistir y alimentar. Si hay con qué, se les debe asistir y alimentar; si no hay con qué, se les debe asistir y alimentar. Es una obligación que no admite salvedades ni protestas, ni se alivia con censuras, ni se resuelve con lamentaciones: a su hora, el enfermo espera su medicina, su pan, su caldo, su café, su fruta, lo que sea. Y si quien les hace de madre entiende las cosas como las entendía Sor Josefina, entonces no solamente hay que llevarles como siempre la medicina y el alimento, sino que, como siempre, ha de llevarseles con afabilidad, con gracia, con palabras risueñas y miradas cordiales.

Ahora bien, esa afabilidad, esa cordialidad, son con frecuencia sometidas a pruebas muy duras: por ejemplo, una mañana muy temprano llega la Hermana Cocinera y le dice a Sor Josefina:—Hermana, no

tenemos para el desayuno de los enfermos más que una tacita de café puro y un pedacito de tortilla tostada: ¿qué hacemos?

—Espere un momento, hermana...

Y se va, rezando, en busca de otra hermana, la menos ocupada a esa hora, y le cuenta la dificultad—. Y salen las dos, cada una por su lado, a pedir aquí el pan, allí la leche, allá el azúcar... y a la hora acosumbrada los enfermos reciben su desayuno, mientras la Superiora va un instante a la capilla, a dar gracias por el socorro especial en aquel trance.

Y eso sucedía muchas veces, con variaciones en la forma de la dificultad, pero en el fondo, con la misma premura y acuidad oprimente. Yo sé de boca de uno que ha dirigido esa Casa, que a veces, durante semanas, quincenas y aun meses, el mísero y tardío presupuesto fiscal no alcanzaba, incluyendo enfermos y servidores, a más de seis centavos diarios por cabeza. En veces tales, sino fuera la caridad del vecindario, habría que cerrar la Casa y echar los enfermos a la calle... Pero nuestra caridad, ya se sabe como es: tardía, remolona, escueta, inconstante, cansina... Como la roca de Moisés, no deja brotar el agua si no se la

está golpeando con la vara de la insistencia, y aun entonces, no siempre el agua da para calmar la sed de todos. Así, el conflicto es casi perenne: una vez no hay pan, otra vez no hay granos, otra vez no hay sábanas o frazadas, otra vez no hay medicamentos... Siempre falta algo, y siempre hay que suplirlo.

Y no se les puede decir a los enfermos que no hay, no se les puede cerrar la puerta a los nuevos que van llegando;... y hay que dirigir, administrar, prever y proveer... y además, ¡consolar!...

Consolar, no es la tarea menos importante de una madre. ¡Quién sabe sino será la más importante y la más difícil! Pues Sor Josefina desempeñaba también esa tarea maravillosamente; sólo que, siendo su tiempo tan escaso, y sus cargas tan pesadas y sus responsabilidades tan grandes, hubo de inventar una manera suya, brevísima e intensa; de tal suerte que la unción de su voz, la maternalidad de su mirada, la gracia de su sonrisa, la suavidad de su mano, dejaban en el alma del triste a quien ofrecía sus consuelos, una impresión tan honda cual si hubiera estado ahí con él horas y horas, hablándole de lo efímero de las penas terrestres y de la pe-

rennidad y plenitud de las cosas del cielo.

Ahora bien, sucedió que,—por ser ella quien era—, el Hospital se le extravesó y trascendió, extendiéndosele, para el hecho de dispensar consolaciones, a toda la ciudad, adonde quiera que hubiese corazones anhelantes de reconfortarse con palabras divinas. Así, raro era el día que no se viera a esta señora, alta, nerviosa, fina, esbelta y aguileña, con su tez y sus manos de marfil antiguo y su semblante expresivo aunque fatigado, recorriendo apresurada una calle, viniendo de llorar con alguien que estaba en la desolación, y esparciendo por su camino sonrisas, miradas, suaves presiones de su cálida mano, dulces palabras que le salían del corazón, y acompañándolo todo con sentidas disculpas, o demandas de perdón muy dolido, por no quedarse ahí un momento más, «pues tenía en el Hospital un enfermo grave», o «no había para el almuerzo, o faltaban medicinas», y era preciso ir allá, y dejar aquí al atribulado que deseaba retenerla;... «pero, añadía, aquí queda con usted Nuestro Señor; o bien, «aquí le va a consolar la Santísima Virgen»; o bien, «Nuestro Padre San Vicente rogará por usted»... Y se iba, diciendo con amor y humildad su pena y su anhelo de curar aquella herida o enjugar aquellas lágrimas...

Esto, para las dolencias del alma. Pero surgió otra necesidad, y fué la de extender los socorros medicinales a todos aquellos que el Hospital no puede recibir en su propio recinto, o que, por la cronicidad del mal, el enfermo prefiere estarse en su casa y curarse ahí mientras atiende a las exigencias de la vida. Dolores rebeldes, ataques periódicos, achaques que recrudecen, dolencias crónicas, males que el ojo del médico no logró sondear, y esas mil formas de sufrimientos desconcertantes que se esconden en los arcanos del organismo y que ninguna ciencia alcanzó a decir dónde radican ni cómo se extirpan. A esa dolorosa impotencia del médico, a esa cruel ineficacia del Hospital, sólo podía encontrarle compensación alguna droga milagrosa, elaborada en el filtro misterioso de la fe y la esperanza. Esta droga fue EL AGUA DE SAN VICENTE, administrada a pobres y ricos, a creyentes y no creyen-

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Goethe: <i>Memorias de mi vida</i> . 3 vols.	₡ 5.00
E. Dostoyevsky: <i>Los endemoniados</i> . 3 vols.	5.50
Le Sage: <i>Historia de Gil Blas de Santillana</i> . 3 vols.	5.50
Silvio Pellico: <i>Mis prisiones</i>	1.50
Louis Bertrand: <i>Santa Teresa</i>	4.25
Hugo de Barbajelata: <i>Una centuria literaria</i> . (Poetas y prosistas uruguayos)	7.00
Juan de Bonnefón: <i>El Cantar de los Cantares que trata de Salomón</i>	1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos)	2.00
Alberto Masferrer. <i>Ensayo sobre el Destino</i>	1.50
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
M. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	2.00
José María Chacón y Calvo: <i>Hermanito menor</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	2.00
Alberto Masferrer: <i>Una vida en el cine</i>	1.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	1.00
Omar Kheyyâm: <i>Rubayât</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
<i>Savitri</i> , episodio del <i>Mahabhârata</i>	1.00
Luis López de Mesa: <i>Iola</i>	1.00

Equivalencia: ₡ 4 = \$ 1. oro am.

tes, con rara e increíble eficacia. ¿Qué es y cómo se prepara esta AGUA DE SAN VICENTE, que a tantos sufrimientos ha dado alivio o total curación? No puedo decirlo, aunque lo sé, pues se me ha rogado el secreto; pero el hecho es que alivia o cura, y que es como un arroyito de salud que nace en el Hospital, y va por toda la ciudad esparciendo sus aguas vivificantes. Su fórmula no fué invención de Sor Josefina; pero ella es quien extendió anchamente el campo de sus aplicaciones y la evidencia de su eficacia.

Acaso por recibirlos de manos tan amorosas, con la fe con que recibe uno la dádiva de un corazón amante, ello es que esos frasquitos de agua clara que a millares diera Sor Josefina en sus ocho años de dirigir el Hospital, han curado o aliviado a muchas gentes, y que su poder hizo y sigue realizando esos prodigios que la fe, la gratitud y la ingenuidad llaman milagros.

Hay almas que tienen sed de sacrificio, y que se alivian de la corona de espinas con el peso de la cruz; almas que no se sacian de darse, y que sólo en darse más y más hallan descanso. Tal Sor Josefina, que para distraerse de sus abrumadoras cargas fundó una escuela anexa al Hospital, donde centenares de muchachas y de niños hallaron luz y caridad. Tan pobre, más pobre aún que el Hospital, puesto que jamás el Estado le dió ningún auxilio, esa escuela ha vivido gracias a un milagro perpetuo. Útiles, libros, profesorado, todo salía de la fuente inagotable, del corazón de Sor Josefina, quien prestó así un servicio muy grande, pues dos generaciones de las gentes más pobres, se formaron en esa humilde y silenciosa escuela.

Como la fe y el amor son creadores, ese corazón que rebozaba de fe y de amor suscitó y encendió otro, el de Sor Margarita, hija espiritual de Sor Josefina, a quien aquélla secundó con devoción y esfuerzo incansables en el manejo de la escuela. En esa escuela, donde enseñan con fervorosa disciplina profesores formados ahí mismo, y que se satisfacen con un salario de SEIS COLONES al mes, cuando lo hay,—han aprendido a bordar, a escribir a máquina, a pintar, a tocar, a coser, a muchas cosas, señoritas y se-

ñoras de las más altas de aquí, pues la Casa está abierta para todos, y hasta va ella misma en solicitud de quienes se avengan a recibir ahí educación y enseñanza.

Por el día enseñanza, por la noche vela de enfermos: tal ha sido, y aun debe ser la tarea de quien sigue trabajando en esa escuela, sacando fuerzas de la única mina de donde pueden

extraerse siempre sin agotarse: del amor de Dios, que a todo se aventura y que todo camino allana cuando toma la forma del amor al prójimo. Eso sí, donde lucha el discípulo lucha el maestro, y por eso nuestra Sorella Josefina hallaba medio, malgrado su labor incesante y agobiadora, de venir todos los días una hora por la mañana y otro ratito por la

tarde, a dar clase ella, para que su compañera descansara...

Pues aun había otras necesidades a más de la escuela: aun había que arbitrarse para comprar los cirios de la capilla, y el vino para consagrar, y el vino para los convalecientes... Y eso, años y años, quemando a raudales su energía nerviosa y su energía espiritual, en esa vida en que no hubo quizá un día que no trajera su tribulación, un día de verdadero descanso.

Así, andaba Sor Josefina falleciendo de laxitud y de extenuación, mucho antes de que la espada de fuego de un querubín viniera a consumir su cuerpo y a trasportar su alma, y a todo instante se ofrecía al Señor para que tomara su vida en expiación de cualquiera otra vida que necesitara rescate, y sin cesar suspiraba porque llegara para ella el día del reposo y de la libertad.

Y como no llegaba ese día, y las fuerzas se le acababan, hubo necesidad de que otra hermana viniera a sustituirla en el cargo de Superiora; con lo cual, si sus votos se veían colmados en cierta manera, en cambio el corazón se le transía de tristeza, porque la Hermana Visitadora que vino a ordenar así las cosas, ordenó también que la viejecita se fuera con ella, lejos de San Vicente; y dejar San Vicente era para Sor Josefina como desprenderse de la vida y del alma. Dicha que las gentes de aquí andaban sintiendo lo mismo, y suplicaron a la Visitadora que no las dejara sin su hermana Josefina; que la permitiera descansar y morir aquí, para que la iluminación de almas no se interrumpiera, y el arroyito de consolaciones no se agotara.

Y consintió Sor Visitadora; y Sor Josefina, dichosísima, recibió orden de entregar el Hospital a su reemplazante, y de hacerse cargo ella de la Farmacia, con dos ayudantes a sus órdenes, para que sólo dirigiera el trabajo, y así, por fin, descansara.

Tres días después de prescrito ese feliz acuerdo que a todos tenía regocijados, Sor Josefina había entregado, como a las diez de la mañana y por riguroso inventario, el Hospital con todas sus dependencias, y resignado el gobierno del mismo. El mismo día, a eso de las diez y media de la mañana,

Tablero

= 1928 =

Por eso debe el maestro inteligente estudiar la índole de cada uno de sus discípulos, y encaminarla bien, a la manera que Isócrates, viendo el agudo y prestísimo ingenio de Teopompo y el sosegado de Ephoro, aplicaba al uno el freno y al otro la espuela.

(De los ilustres oradores).

CICERÓN

Noticia:—El poeta colombiano G. Castañeda Aragón, de Barranquilla, hace unos días se halla entre nosotros. Sencillo, bueno, modesto, ¿cuántos saben de su presencia en esta ciudad? Sin embargo, mucho ganarán los jóvenes con su trato afable. Los lectores habituales del *Repertorio*, en él han leído algunos de sus versos finos. Un libro de versos editará aquí. ¿Cuántos quieren conocer personalmente al poeta? Se aloja en la pensión de doña Mercedes de Millet. Lléguese, lléguese por acá, que con sumo gusto les haremos la presentación.

En breve daremos de su cosecha lírica; nos ha prometido colaboración.

De un gran muchacho costarricense, residente en Nueva York.

En cuanto a mí, le diré que no chisto porque, como dirían los yanquis, no tengo «ningún mensaje que ofrecer». Repetiré lo que he dicho en otra ocasión. Yo tomo las cosas en serio y, consciente de mis limitaciones, me doy cuenta de que todo lo que yo pueda decir carece de interés. O yo he sido un retardado en mi cultura o la preparación media de nuestra juventud—de que formo parte—es sumamente deficiente. Lo cierto es que cada día me asombro más de mi supina ignorancia acerca de las cuestiones fundamentales que agitan a las mentes civilizadas. No crea por esto que estoy padeciendo de «un complejo de inferioridad». Antes por el contrario, mi entusiasmo es ahora mayor que nunca. Mi idealismo se ha acendrado con el contacto de la vida neoyorquina. Creo ahora menos que nunca en los profesores de energía y en el practicismo (que por lo visto está allá en auge), y siento un profundo desprecio por el evangelio de la «eficiencia» y del «éxito». Es más, trabajando como trabajo en medio del tráfigo y de la precipitación neoyorquinas, estoy convencido de que nada embrutece tanto como el trabajo y sigo creyendo con Emerson que el apresuramiento es la peor forma de vulgaridad. Con todas las desventajas que la vida ofrece en estas latitudes reconozco que el ambiente intelectual de Nueva York es mil veces superior al nuestro, por lo menos en lo que se refiere a información. Estoy empeñado desde hace algún tiempo—en cuanto ello es posible—en ir llenando las enormes lagunas de mi cultura. Me considero en verdad sin derecho para opinar sobre nada. De modo, pues, que prefiero seguir «inédito», según el calificativo que me aplicó una vez Vincenzi. Tal vez podría dar cuenta, en alguna forma anónima, de mis experiencias culturales, si es que ello puede

(Pasa a la página 16)

convocó a sus compañeras, y con mucho amor e instancias, les suplicó que tuvieran mucho cuidado con el trato que de ahí en adelante habrían de darle, no fuera que inadvertidamente lastimaran a la nueva Superiora. «Hermanas, ahora ya no soy Superiora, ténganlo presente: trátense de igual a igual, que es lo debido. Se los advierto, porque ocho años de ser yo cabeza de ustedes y de quererme ustedes tanto, pueden inducirlos, sin darse cuenta, a mostrarme ciertas deferencias y acatamientos que sólo se deben a la Superiora, y que serían grave falta contra la disciplina».

* *

Eran ya las doce del día, un día pesado y nuboso, con la atmósfera sobrecargada... Tanto, que una hora después, tremendas descargas eléctricas surcaban el cielo, sin que una gota de lluvia refrescara el aire ni los ánimos. Eran rayos en seco, chispas azulinas cuyos chasquidos estridentes asustan mucho más que los ecos retumbantes de una tempestad ordinaria, cuando el trueno se junta con el viento y la lluvia para formarle coro al relámpago.

* *

Como a las dos de la tarde,

Sor Josefina oraba con la nueva Superiora, juntas las dos en el mismo reclinador, y rodeadas a corta distancia por las otras hermanas. Sor Josefina repetía, sin duda, por la cienmilésima vez en este año la jaculatoria que tenía constantemente en los labios y en el corazón, y de la cual, según su decir, obtenía ella todo su valor y toda su fuerza, la solución de sus innumerables dificultades y el consuelo en sus incabables tribulaciones. Murmuraba, pues, unciosamente, las palabras divinas: «Jesús mío, tened misericordia de mí»..., las cuales en esta ocasión, eran más que todo una efusiva acción de gracias que podía formularse así: «Jesús mío, infinitas gracias os doy, porque habéis tenido misericordia de mí, concediéndome por fin el descanso» Esta oración extática y el susurro emocionado y reverente de las hermanas, impresionadas al ver como se hacía ahí el traspaso de la cruz, de unos hombros a otros, y por el recuerdo de tantas bondades y gracias de la Superiora saliente, eran interrumpidos de momento a momento por el estallido breve, seco y áspero de las centellas, que iban como envolviendo la capilla en una red de fuego. A cada es-

tallido las hermanas se estrechaban y murmuraban alguna fervorosa jaculatoria, de esas que se tienen como eficaces contra el rayo.

En esto, algo ocurrió fuera de la capilla, que requería la presencia inmediata de la Superiora. Una niña llegó apresurada a llamarla. Se levantó Sor Superiora; atravesó la capilla, salió, se encaminó a la sala donde era llamada... y aun no llegaba ahí, cuando tuvo que regresarse, a recoger a Sor Josefina, ya exánime... descansando, por fin, de las faenas agobiantes con que su vida toda fue abrumada.

* *

La chispa eléctrica entró por el techo, en dirección de la cabeza de la hermana, descendió, la tocó en el cerebelo, se le deslizó a lo largo de la columna, la dejó dormida y yacente, reascendió, y fué a salir por un esquinero del techo... sin más estragos que los indispensables para cumplir su encargo, que era consumir aquel haz de nervios al cual Sor Josefina debiera su actividad y su tormento, sus éxitos milagrosos y su fatiga extenuadora... Y tam-

bién, libertar por el fuego, que es puro como un espíritu, el alma de quien había purificado ya tanto su cárcel, que no era justo abrirle las puertas de ella sino con un aliento descendido del cielo.

Así se fué de este mundo Sor Josefina, después de cumplir acabadamente la tarea que el Señor asigna a las almas preclaras: *darse toda ella, en espíritu y en verdad.*

* *

Estos son, estimado amigo Dr. Zúñiga Idiáquez, los principales datos e impresiones que yo tenía recogidos para mi Crónica. Aun se me quedan otros sin decir, que serían aprovechables para escribir con más reposo una vida de tan santa mujer. Pero la tarea se quedará para otro; yo me contento con haber atendido siquiera a medias el encargo de usted, y me delectaría si el espíritu de Sor Josefina, que acaso ande todavía cerniéndose sobre algunas frentes amadas, acariciara la mía, aprobando mi esfuerzo, con aquellas manos de marfil que tantas espinas cortaron para sí misma, y tantas rosas para los otros.

Soy su amigo:

Alberto Masferrer

(Para Todos, San Salvador).

Amigo García Monge:

A guisa de rectificación que su honradez editorial no puede negarse a publicar, me siento patrióticamente obligado a manifestarle con referencia a todas las informaciones últimas acogidas por el *Repertorio Americano* sobre el Perú y que hacen suponer en éste una situación semejante a la que en México atribuyen al Presidente Calles y al General Obregón sus enemigos actuales o a la que en Chile atribuyen al Presidente Ibáñez los políticos por él desterrados, el que le es a Ud. fácil constatar la exactitud, la exageración o la falsedad de tal situación en el Perú, averiguándolo con los señores Dr. don Solón Núñez y don Jaime Bennet, distinguidos caballeros residentes en Costa Rica, que acaban de pasar varias semanas aquí, sin que yo haya tenido por mi salud oportunidad de estar en ningún contacto con ellos y de cuya circunspección y veracidad nadie puede dudar, como Ud. sabe. Puede Ud. informarse asi-

La verdad sobre el Perú

Lima, Dic. 7 de 1927.

mismo, con los cónsules de Costa Rica, Colombia, México, Argentina, Uruguay y demás países hispano-americanos en Lima, sobre la ninguna represión que aquí se ha hecho a manifestaciones o actividades contrarias al imperialismo yanqui, por la sencillísima razón de que nadie ha intentado ni anunciado siquiera esas manifestaciones o actividades, a menos que por tales se tengan las publicaciones de artículos sin importancia en casi todos los diarios existentes: *La Crónica*, *El Tiempo*, *La Tradición*, *El Sol*, y hasta *El Comercio* cuando llegó a su crisis el caso de Nicaragua. En cualquier momento, puedo remitir a Ud. esas publicaciones, si alguien se atreviera a negarlas. Una de ellas fué la que apareció en periódico de muy escasa circulación, con la firma responsable de un empleado del Gobierno, que sigue hoy gozando de su sueldo, sin que sea ni siquiera

verosímil la actuación del Ministro de Estados Unidos a propósito del artículo que no decía nada nuevo y apenas era un mal extracto de un libro de dos escritores precisamente yanquis (*Dollar Diplomacy* por Scott Nearing y José Freeman).

No es posible llegar a ningún fin honrado, sino por el camino recto de la verdad.

Yo, por eso, me comprometo con Ud. a hacer publicar en diarios de Lima cuantos artículos se me remitan por su intermedio contra el imperialismo yanqui, sobre el que tengo, sin embargo, una opinión de carácter biológico muy distinta de la generalizada por nuestros grandes verbalistas. Como el movimiento se demuestra andando, yo le repito que me comprometo a publicar en Lima cuantos artículos anti-imperialistas me envíe, siempre que no contengan injurias que espontáneamente todos los periódicos de aquí se niegan a acoger contra nadie.

No quiero concluir sin celebrar, a mérito de las informaciones del *Repertorio Americano*, que los sedicentes o calumniados "comunistas" de Lima sientan vergüenza de serlo y protesten indignados de semejante calificativo. Por si hubiese algún peruano sinceramente "comunista", también me comprometo con Ud. a hacer publicar en Lima los artículos que por su intermedio me remita siempre que guarden la debida compostura y puedan ser naturalmente contestados.

Con el ofrecimiento que hago respecto a publicaciones "anti-imperialistas" y "comunistas" en la prensa de Lima y con la información que le den los señores Núñez y Bennet, podrá Ud. formar respecto a la situación actual del Perú concepto más aproximado de la verdad que el que le suministran algunos colaboradores nada imparciales.

De Ud. compañero Afino.

JOSÉ SANTOS CHOCANO

Apartado Postal N° 356

QUISIERA ver a nuestra joven democracia colombiana lanzarse audazmente a campos de innovación, sin aguardar a que otros países nos conduzcan en una eterna minoría de edad como pueblo, como raza y como espíritu. Que la inteligencia de nuestros conductores no se contentase con el mediocre esfuerzo de recitarnos, máxima demostración de su iniciativa, las disposiciones constitucionales, legales o reglamentarias de las naciones que reverenciamos tradicionalmente como gerentes de la civilización de este orgulloso y minúsculo planeta. A usanza de la orden de caballería, quisiera que alguien nos diese en la espalda el cintarazo que nos confirme pares en la lid de no importa quién, si no en lo material, en espíritu al menos.

Entre el centenar de empresas que me preocupan como posibles caminos de engrandecimiento y ennoblecimiento de nuestra patria, ésta de hacer del cinematógrafo una función educativa del Estado, una nueva función del Estado, me seduce efusivamente hace muchos años ya. Cuando los pueblos adquirieron mayor conciencia de las relaciones entre el ciudadano y la república, arrebataron a aquél la función educativa de los párvulos para realizarla más uniforme y ampliamente en beneficio de la sociedad y de la humanidad. El sofista griego y el liberto pedagogo de la aristocracia romana, la universidad de cursos particulares y esporádicos al rededor de un apóstol erudito de los tiempos medioevales, dieron paso a la organización sistemática, técnica y complejamente armoniosa de la educación nacional de los pueblos cultos, grandes y pequeños, de la hora afortunada que vivimos.

EN los fragmentos del Mensaje Presidencial al Congreso saxoamericano que acaba de reunirse, dice el jefe de aquella república: «Nuestras fuerzas terrestres y navales viéronse precisadas (en Nicaragua) a proteger a nuestros nacionales y sus propiedades previniendo al mismo tiempo inútiles sacrificios de vidas y la destrucción del país, acabando con el estado de guerra en que se hallaba. El señor Stimson, antiguo secretario del departamento de guerra, fué enviado especialmente a Nicaragua para



¿Qué hora es?...

Muchas veces me he quejado ante usted, tan comprensivo entre los pedagogos, de que los hombres de su gremio encargados de preparar la vida futura no suelen enterarse de las cosas sino cuando son ya pasadas.

José Ortega y Gasset

Educación cinematográfica

Para el cinematógrafo ha sonado ya la campanada anunciadora de una similar transformación pública, universal y eficiente. En el orden histórico de su evolución se afirma también un clímax de eficacia para los medios de difusión de la cultura: el aeda, el libro, el periódico, la película cinematográfica, con todas sus transformaciones, porque del aeda salieron el profesor y el erudito, del libro la forma, la enciclopedia, del periódico surge la revista, como de la pantomima ingenua de los primeros cineastas va desarrollándose el nuevo arte del escenario y las bellas composiciones de divulgación científica. Y si de aquéllos ha echado mano el gobierno de las naciones para la educación pública, de éste más sometido y dúctil en su materialidad, más convincente e imitable en la enseñanza por objetivación, demostración y contagio espiritual, sería, y desde luego ya lo es, una imprevisión demencial el no usufructuarlo con tan noble y provechoso fin.

Basta ver lo que el cinematógrafo va realizando entre nosotros para valorar su influencia y prever su destino ulterior. Que si de sus rendimientos pecuniarios se trata, ellos son pingües; si de la afición que produce, ella va en aumen-

to, a pesar de no ser atendida adecuadamente; si de los resultados morales, vemos, de un lado, lo que puede acarrear en el cultivo de la astucia delictuosa y el desenfreno de las posiciones, y de otro, el benéfico impulso que da a la cultura social, mostrando al pueblo las comodidades y distinción de un más alto nivel de vida. En este sentido he apreciado una verdadera transformación de la mujer de nuestras clases menos afortunadas, de la pequeña burguesía, como se dice en Francia, de nuestras «lobitas», como reza la jergonza vernácula, pues hoy visten, hablan y se conducen con cierto aire de elegancia que no era frecuente en otras épocas, y esto les viene del trabajo remunerado que ahora encuentran y de la influencia educadora del cinematógrafo, porque otras causas no veo en este país que tanto descuida la instrucción de la mujer.

Para elevar el cinematógrafo a función del estado, para hacer de él un servicio público, sólo se requieren las nociones elementales de una hábil organización, ya que su funcionamiento daría para su sostén y evolución constante. Una sala de cinematógrafo en cada municipio que no pase de cincuenta mil habitantes, proporci-

Luis López de Mesa

La fe pública

=De El Tiempo, Bogotá=

cooperar con nuestros diplomáticos y los jefes de los partidos beligerantes en el sentido de producir la paz por medio de un acuerdo. Esto fue realizado mediante la promesa formal del gobierno americano de cooperar eficazmente en las próximas elecciones presidenciales de dicho país que serán efectuadas dentro de algunos meses. Mediante la promesa del gobierno de los Estados

Unidos de cooperación en las elecciones a fin de que sean llevadas a cabo con entera honorabilidad se consiguió la paz. En la actualidad solamente quedan en el país algunas partidas de bandoleros, gentes fuera de la ley, que son perseguidas activamente por las autoridades». El estilo es propiedad del presidente o de las agencias noticieras.

No es la primera vez que el

nada al número probable de espectadores, conforme a planos más o menos uniformes que una dirección técnica determine, o una adecuación provisional de los edificios de la escuela pública, de la casa consistorial o de una capilla del culto, de haberla apropiada al efecto, no demandaría un gasto excesivo a las respectivas municipalidades, ni al gobierno nacional le sería difícil obtener a precio módico una tan crecida serie de películas como las que empresa de esta índole requeriría para establecer un servicio de ellas en rotación por todos los lugares de la república. Exigiría esto, evidentemente, hábiles peritos que supiesen un poco de psicología popular, de pedagogía, y un mucho de este arte de la pantalla, para no venir a últimas a abrumarnos de aburrimiento y decepcionante trivialidad. Seguir la ordenación, ya bien probada, de lo cómico, lo instructivo y lo romántico, en discreta combinación, pues así se satisfacen anhelos, a mi parecer indeclinables, del espíritu. Organizar las representaciones de acuerdo con las costumbres regionales, de manera que los habitantes de los campos puedan gozar de ellas sin grave inconveniente; y exigir un precio de entrada que satisfaga, apenas, las conveniencias del servicio, y aun establecerlas gratis para los niños y desamparados.

Algo muy importante, dadas ciertas circunstancias de nuestra política nacional, sería el adscribir esta función al ministerio de industrias, ya porque a él le corresponde en gran parte, ya por temor de que en otros se convierta en una payasada nacional.

(Universidad, Bogotá).

presidente Coolidge, político de tradiciones puritanas, abogado de austeridad reconocida, funcionario silencioso en concepto de viajeros y periodistas, anuncia en términos categóricos el advenimiento de la paz en Nicaragua, no sin calificar de bandoleros a Sandino y a los demás patriotas que con él mantienen la idea de independencia y dignidad en la desventurada república.

En 14 de mayo del pasado año, tomando al pie de la letra las palabras del mismo señor Stimson, el gobierno de

Washington anunciaba ya, en términos de manifiesta complacencia, el fin de la guerra. A principios de julio el Departamento de Estado puso en conocimiento del mundo que los nicaragüenses habían sido desarmados, con excepción de cincuenta bandoleros, encabezados por Sandino.

Después de estas declaraciones oficiales un empleado del servicio internacional de noticias en Washington, personaje oficial, ha dado la lista de diez combates y escaramuzas ocurridas entre mayo 15 y octubre 9, en los cuales han muerto de quinientos a seiscientos nicaragüenses y seis marinos saxo-americanos. La muerte de seiscientos soldados nicaragüenses hace suponer que el número total de los combatientes puede llegar a dos millares, cantidad un poco elevada en un país de población tan escasa como Nicaragua para colocarla en las estadísticas bajo el título de bandoleros.

The Nation de New York, en su edición del 2 de noviembre dice textualmente: «Quinientos o seiscientos nicaragüenses han sido muertos (o asesinados, si hemos de usar el término más sincero) por las tropas de los Estados Unidos, en suelo extraño, sin la más leve sombra de justificación legal, desde el

día en que el comisionado pacificador y agente de publicidad de Mr. Coolidge afirmó que las hostilidades habían cesado. Durante todas las alternativas del incidente nicaragüense los Departamentos de Estado y de Marina le han mentido deliberada y persistentemente (*have deliberately and persistently lied*) al pueblo americano. ¿Hay quien pretenda que los marinos cazadores de hombres están todavía empeñados únicamente en la tarea de proteger la hacienda de los americanos? ¿No hay manera de ponerle fin a esa degollina?»

A los treinta y seis días de publicadas estas terribles palabras en un semanario cuyos suscriptores están diseminados en cuatro continentes, el señor Coolidge vuelve a hacer *deliberadamente* la misma aseveración que en 14 de mayo, y para paliar la gravedad del concepto, añade ahora con más cautela que entonces una frase sobre *partidas de bandoleros, gentes fuera de la ley* a quienes persiguen activamente las autoridades. Es muy digno de nota el uso de la palabra *autoridades*. El señor Coolidge con esta vaga designación quiere esconderle a la mayoría de sus administrados la verdad de un

hecho doloroso, es a saber que los marinos de la Unión saxo-americana violan el derecho de gentes, hoy en Nicaragua como ayer en Haití, y cometen homicidios que se quedan impunes solamente porque no hay tribunal respaldado por la fuerza para reprimirlos. Antes de ahora el gobierno de Washington ejercía por su propia designación las funciones de agente cobrador en el continente. Ensancha ahora la honorabilidad de sus funciones dándoles caza a ciudadanos libres, oprobriados con el título de bandoleros.

El sistema de ponerles un mal nombre a las personas que deseamos destruir es muy socorrido entre la gente a cuya religión pertenece Mr. Coolidge. Ya el señor Roosevelt cohonestaba sus manejos en Panamá diciendo que el gobierno todo de Bogotá lo formaba una mayoría de bandoleros (*bandits*). Con este fácil procedimiento no hay atentado internacional que no quede cohonestado, si la potencia encargada de hacer la calificación tiene fuerza suficiente para obrar de acuerdo con sus clasificaciones y la frescura necesaria para formularlas. Nada más sencillo que

poner al individuo fuera de la ley, sin necesidad de presentar pruebas ante tribunales debidamente constituidos, y proceder a destruirlo contando con la irresponsabilidad que aseguran a una la elasticidad moral y la fuerza bruta.

Seguramente que de estas materias no se va a tratar oficialmente y de acuerdo con los números del programa en la conferencia de la Habana, ya merecidamente célebre, sin haber inaugurado sus tranquilas sesiones. Pero no está mal que nuestros delegados se enteren de la manera como los estadistas de Washinton suelen presentar los hechos cumplidos y de qué modo desvían el pensamiento de los lectores y oyentes, desfigurando la verdad con propósitos que resultarían frustráneos si ella apareciese en el tablado político internacional en toda su atractiva y hermosa desnudez. Nuestros delegados deben usar de la mayor cautela en la apreciación de los hechos que allí se expongan y en el análisis de los principios que se sometan a discusión porque algunas de las personas, cuya incapacidad de hacer coincidir los hechos con las palabras se ha manifestado en ocasiones anteriores, van a representar a la Unión en la sexta conferencia panamericana.

B. Sanin Cano

Señor:

Se está rindiendo a vuestro nombre, de resonancia universal, el homenaje de justas admiraciones. Habéis cabalgado en el Cielo Virgen, sobre la ruta de los Dioses y todo vassallaje es pequeño ante la magnitud heroica de vuestra hazaña inmortal.

La América Española os recibe con los brazos abiertos y con el corazón henchido de la nobleza de la raza. Hacen Augusta escolta a vuestra nave los cóndores andinos, sois aclamado en todo lugar, se os conduce en hombros de las multitudes fanáticas de entusiasmo y la voz oficial de nuestros gobernantes no encuentra frases en la amplia y sonora lengua de Castilla con que añadir un elogio más al laurel inmortal de vuestra frente de elegido.

Pero falta algo en los alardes retóricos de los discursos oficiales y en las estudiadas frases de los diplomáticos que circundan las pocas horas de

vuestra visita a estas Repúblicas.

Ese «algo» es la VERDAD SINCERA, libre de las conveniencias del momento y de las cortesías de Estado: tal como corresponde conocerla a vos que no sois un aviador guerrero, sino un mensajero de paz, que no os tambaleáis con el peso de la gloria, que sois un hombre puro y que, en la plenitud de la vida, cuando la juventud pudiera servir de disculpa para el error, señaláis con el ejemplo, a los hombres nuevos, el sendero de la virtud.

Tal verdad señor es ésta: que los pueblos fuertes como el vuestro no deben utilizar su fortaleza para vejar a los débiles, sino para alzarlos o enaltecerlos; que los pueblos ricos como el vuestro no deben utilizar sus riquezas para comprar traidores y sembrar dolor e injusticia en las pequeñas na-

Un Mensaje a Lindbergh

cionalidades de Hispanoamérica ni de parte alguna del mundo, sino para hacer el bien y recoger la gratitud y el amor; y que, si bien EL ALA DE VUESTRA NAVE ES UN SIMBOLO DE LIBERTAD y un eslabón de unión entre los hombres, LAS ALAS DE OTRAS NAVES PILOTEADAS POR HERMANOS VUESTROS realizan obra despiadada, inhumana y cruel sobre la indefensa tierra de una hermana nuestra y riegan con sangre de patriotas el suelo donde debiera oírse, en paz, la voz del labriego entre la bendición de sus mieses, y donde, a la detonación aterradora de la metralla norteamericana segando vidas hispanoamericanas, debiera suceder el arrullo consolador de vuestro vuelo amistoso.

Esta es la Verdad, Señor.— Vos que venis también a auscultar las reconditeces de nuestros sentimientos y aminorar

nuestras justas inquietudes llevadla así, clara y sencilla, libre de rencor pero dolido de sinceridad al seno de vuestra gran nación.—Decidle a vuestros compatriotas de la alegría con que Hispanoamérica os recibe, del entusiasmo con que han vibrado nuestros corazones ante vos que sois un heraldo de concordia y no un sembrador de dolor.—Pero no agreguéis que os amamos con os amaríamos si fuera cimentada en la Justicia y el Derecho la orientación de vuestra política.—Decid, sí, que os respetamos o... mejor que OS TEMEMOS porque no hacéis uso de vuestra fuerza para protegernos sino para aniquilarnos, ni hacéis uso de vuestra riqueza para sembrar el bien sino para convertir en esclavos a quienes han nacido libres y no han sabido o no han podido conservar intacto el sagrado patrimonio de los libertadores...

Añadid a vuestro retorno que los Estados Unidos de América perdurarán en las páginas gloriosas de la Historia, por

vos, por Emerson, Edison, por Poe, por Whitman, por todo lo que allí representa los valores del espíritu pero nunca por el luto con que el Imperialismo despiadado entristece la humildad del suelo hispanoamericano.

Esta es la Verdad, Señor.— Con nuestra admiración por vos y nuestro cariño por el pueblo justo de los Estados Unidos, transmitidla así a los que allá sientan latir fraternalmente su corazón a la par de nuestro corazón.

J. Antonio Prada

San José, enero 3 de 1928.

Tablero

(Viene de la página 11)

interesar, que lo dudo, porque son todas de un orden poco llamativo para el público.

Estoy confrontado ahora con el problema de si debo regresar a Costa Rica o quedarme algún tiempo más aquí. El asunto que más me conviene considerar—aparte de lo puramente personal y de familia—es el del ocio que pueda disponer aquí o allá. La situación económica que me esperaría allá no deja de asustarme; pero me asusta más el pensar en que no pudiera disfrutar de algún ocio. Allá no apreciamos bien el tiempo y con facilidad se deja uno imponer tales obligaciones de trabajo que le privan del ocio que requiere toda persona que aspire a más que a vegetar. Esto es sobre todo cierto en lo que se refiere al trabajo del periodismo, que sería el único campo en que yo podría arar. Cómo el más pequeño trabajo le absorbe a uno el tiempo! Cómo se debate uno en inútiles afanes! Qué derecho tiene nadie, así sea el gobierno, una institución o una empresa privada, de malograrle a uno todas las oportunidades de desenvolvimiento, por cuanto le da un bocado de comida? Y sin embargo, esa es la situación de mi país en lo que se refiere a trabajo. Fuera de malograrle su porvenir cultural, le exigen a uno que quede agradecido por la oportunidad que le dan de malograrse, además de querer dictarle lo que uno debe ser en la vida! Y si la tierra nuestra se yanquiza, como lleva trazas, la cosa será peor. Ya se ven indicios significativos a ese respecto. Por allí vi que se había establecido un *Club de Rotarios*, al que pertenecen personas que yo creía más serias. Cómo pueden «pegar» allá esas agencias de ramplonería? Cómo es que la gente inteligente no protesta contra la tontería organizado. Cualquiera día alguien propone allá que se establezca el «día de las madres», como si las madres pudieran tener día especial, y no faltará quien salude esas tonterías como esfuerzos civilizadores. No me extrañaría que los *rotarios* ya lo hayan propuesto. Hay que organizar una campaña contra los *rotarios* y contra todos los que creen que las ruedas son la forma natural de locomoción. El automóvil puede tener su utilidad, no lo dudo. Pero hay que recordar que es uno de los más poderosos agentes de estupidización, si se convierte en fetiche. Las escalas sociales basadas en anticuadas pretensiones aristocráticas son malas, pero lo son incomparablemente peores las que tienen por base la marca del automóvil o el número de cilindros.

(Fragmentos de una carta)

La América Latina

La Prensa de Buenos Aires, dice con razón, que en América no existe más latinismo que el que nos da la comunidad de un idioma que tiene raíces en el latín. Tiene razón el gran diario rioplatense; la tal raza latina de América no existe; pero no vemos la utilidad ni la oportunidad de abrir un debate alrededor de este asunto. No es útil, porque aun cuando todos los sabios se reunieran y demostraran que no hay en la América una gota de sangre latina, esta parte del mundo seguirá llamándose hasta la consumación de los siglos, América Latina. Y nadie negará que es más eufónico y elegante que Indo-América, como escriben ahora los publicistas enterados. Y no es

oportuno, porque el latinismo de que nos ufamamos es un lazo de unión contra los sajones del norte. O mejor, no contra ellos sino para defendernos de ellos. Y hay que convenir en que en esta hora hay que aprovechar cuantos recursos tengamos a la mano para cohesionar a todos los pueblos de origen peninsular.

(El Tiempo, Bogotá)

No estamos solos

February 21, 1927.

3 Monadnock St.
Upham's Corner
Boston, Mass.

Editor of *Repertorio Americano*,

San José,
Costa Rica.

Dear Sir:

Some little time ago, I subscribed for the *Unity*, the *New Leader*, and the *American Appel*, to be sent to you for a year. I wished you to see that there are many people in the United States who strongly disapprove of the policy pursued by our government toward Nicaragua and México.

Can you send me the present address of Gabriela Mistral?
Yours sincerely,

ALICE STONE BLACKWELL

La *Mañana* de Montevideo (el importante diario matutino) acaba de nombrarme su representante en el Pacífico. Póngome en consecuencia a las órdenes de los escritores de Costa Rica y muy pronto haré crítica de los libros que me lleguen a ésta.— Igualmente represento a *Aurea*, la lujosa revista de Buenos Aires, dedicada a todas las Artes.

JULIA GARCIA GAMES

Casilla 28-21, Santiago de Chile.

Estudios y figuraciones sobre la vida de Jesús, por Alberto Masferrer.—San Salvador, 1927.

Hay ejemplares disponibles, a ₡ 3 el ejemplar.

Acaban de llegar y le interesan:

Juan Manuel: <i>El Conde Lucanor</i>	₡ 2.50
Leopoldo Lugones: <i>La guerra gaucha</i>	5.00
Leopoldo Lugones: <i>Las fuerzas extrañas</i>	5.00
Rousseau: <i>Las confesiones</i> (2 vols.)	4.00
Leopoldo Lugones: <i>Lunario sentimental</i>	5.00
Arturo Capdevila: <i>La casa de los Fantomas</i> . Comedia.	3.00
Arturo Capdevila: <i>Zincali</i> . Poema dramático del misterio gitano	1.00
Arturo Capdevila: <i>El tiempo que se fué</i> . Versos	4.00
Alberto Gerchunoff: <i>Pequeñas prosas</i>	6.00
Alberto Gerchunoff: <i>La jofaina maravillosa</i> ..	4.00
Alberto Gerchunoff: <i>El hombre que habló en la Sorbona</i> .	4.00
Alberto Gerchunoff: <i>Historias y proezas de amor</i>	4.00
Alberto Gerchunoff: <i>La asamblea de la bohordilla</i>	4.00
Arturo Cancela: <i>Tres relatos porteños</i> . Pasta	5.00
Arturo Cancela: <i>El burro de «Maruf»</i>	4.00
Fray Luis de León: <i>De los nombres de Cristo</i> (2 vols.)	2.00
E. Julio Iglesias: <i>Anaquel</i>	3.00
Alvaro Melian Lafinur: <i>Las nietas de Cleopatra</i>	4.00
Oliverio Goldsmith: <i>El Vicario de Wakefield</i> . Novela	1.50
Th. de Quincey: <i>El asesinato, considerado como una de las bellas artes</i>	2.00
Haya de la Torre: <i>Por la emancipación de la América Latina</i>	4.00
Luis Enrique Osorio: <i>El teatro francés contemporáneo</i>	4.25
Mateo Abril: <i>Mirando vivir</i>	2.80

Un estante de libros escogidos

En la Administración del REPERTORIO AMERICANO se venden los siguientes:

Rafael Heliodoro Valle: <i>Anfora Sedienta</i>	₡ 3.00
Guillermo Jiménez: <i>La de los ojos oblicuos</i>	2.50
Apuleyo: <i>La metamorfosis o El asno de Oro</i>	2.00
Pedro Calamandrei: <i>Demasiados abogados</i>	4.75
R. Saleilles: <i>La posesión de bienes muebles</i>	10.00
J. Stuart Mill: <i>Autobiografía</i>	1.50
Sarmiento: <i>Educación popular</i>	4.00
F. de la Vega: <i>Ideas y Comentarios</i>	5.00
E. Ziamatin: <i>De cómo se curó el doncel Erasmo</i>	2.25
Oscar Wilde: <i>Huerto de granadas. Novelas</i>	3.00
Jaime Torres Bodet: <i>Margarita de niebla</i>	3.00
Alberdi: <i>Las Bases</i>	4.00
Sarmiento: <i>Recuerdos de Provincia</i>	4.00
Medardo Angel Silva: <i>Poesías escogidas</i>	2.00
Luis L. Franco: <i>Coplas del pueblo (1920-1926)</i>	3.00
C. O. Bunge: <i>Historia del Derecho Argentino (2 vols.)</i>	10.00
C. O. Bunge: <i>Estudios Jurídicos</i>	6.00
Daniel Mendoza: <i>El Llanero. (Estudio de sociología venezolana)</i>	3.00
Máximo Gorki: <i>Malva y otros cuentos</i>	0.50
Bernardo J. Gastelum: <i>Inteligencia y símbolo</i>	3.50
Alberto Masferrer: <i>Estudios y Figuraciones sobre la vida de Jesús</i>	3.00
<i>Poema del Cid. Texto y traducción</i>	2.00
R. Fernández de Velasco: <i>Los contratos administrativos</i>	13.50
José Vasconcelos: <i>Ideario de acción</i>	1.50
J. Ortega y Gasset: <i>Espíritu de la Letra</i>	3.50
Arturo Borja: <i>La flauta de ónix</i>	2.00
M. Meunier: <i>La leyenda de Sócrates</i>	3.50
Benito Lynch: <i>Las mal calladas</i>	4.00
R. Benedito: <i>Natura. Cantos infantiles (Pasta)</i>	8.00
Alberto Guillén: <i>Deucalión</i>	2.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana. (Novelas)</i>	3.00
Santiago Argüello: <i>El alma dolorida de la Patria</i>	3.00
Rodolfo Sohm: <i>Instituciones de Derecho privado romano</i> 17.ª edición.....	17.00
Enrique Heine: <i>Memorias y Cuadros de Viaje</i>	5.50
Jorge Mañach: <i>Estampas de San Cristóbal</i>	4.00
Alfonso Reyes: <i>Cartones de Madrid</i>	1.00
Alberto Guillén: <i>El Libro de las Parábolas</i>	2.00
José Carlos Mariátegui: <i>La escena contemporánea</i>	3.00

Quien habla de la

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS	Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.	
REFRESCOS	SIROPES
Kola, Zarza, Limonada,	Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

La Mejor Galleta Nacional

que ya el público conoce se fabrica en

“La Costarricense”

de VICENTE MORALES

Cuesta de Moras

Teléfono 1499

SASTRERIA

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

TELEFONO 1283

Acabando de recibir un surtido de casimires ingleses y contando con 20 operarios de los mejores del país, ofrecemos confeccionar vestidos a ₡ 140 y ₡ 150, así es señores que no hay que gastarse en lujos pagando altos precios en otras sastrerías. También podemos confeccionar vestidos en buenas condiciones de pago. Contamos con telas de seda y piqué para chalecos de frac.

PINTURA DECORATIVA

Rótulos — Anuncios Comerciales Artísticos

LIDIO BONILLA P.

Pintura escenográfica - Dibujo en todo estilo para grabados

125 vs. al Sur de El Aguila de Oro.



Lado Oeste Foto Hernández